



International Journal of Developmental
and Educational Psychology

ISSN: 0214-9877

fvicente@unex.es

Asociación Nacional de Psicología
Evolutiva y Educativa de la Infancia,
Adolescencia y Mayores

Ceballos Vacas, Esperanza; Rodríguez Hernández, Juan

USOS DEL TIEMPO Y CONFLICTO FAMILIAR

International Journal of Developmental and Educational Psychology, vol. 6, núm. 1, 2014,
pp. 77-84

Asociación Nacional de Psicología Evolutiva y Educativa de la Infancia, Adolescencia y
Mayores
Badajoz, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=349851790007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

USOS DEL TIEMPO Y CONFLICTO FAMILIAR THE USE OF TIME AND FAMILY CONFLICTS

Esperanza Ceballos Vacas
Juan Rodríguez Hernández
Universidad de La Laguna
eceballo@ull.edu.es

<https://doi.org/10.17060/ijodaep.2014.n1.v6.718>

Fecha de Recepción: 11 Febrero 2014
Fecha de Admisión: 30 Marzo 2014

ABSTRACT

The use of time in the daily lives of families stand out as one of the most common family conflicts, especially in dual-earner couples with children. In general, the conflict is triggered by female dissatisfaction arising from a traditional division of time according to gender. Despite women are definitely a labor force, mothers are still carrying on with a greater load of family-work, coping more than fathers with the heavier and more monotonous domestic tasks, and with the caring of the dependent members. In addition, mothers are enjoying of less time for leisure which has got a worse quality (because it's often disjointed and "contaminated"), and it's more likely to be sacrificed in favor of family well-being. Therefore working mothers are prompted to suffer more stress and dissatisfaction, often engaging in conflicts with their partners. Nevertheless couples experience difficulties to reach agreements in order to improve a family balance in the uses of time. Furthermore this family unbalance develops negative consequences for family life involving a risk for the stability of the couple and family projects.

Keywords: Gender, uses of time, family-work, leisure, family conflict, negotiation.

RESUMEN

Los usos del tiempo en la vida cotidiana de las familias se destacan como uno de los conflictos familiares más frecuentes e intensos, especialmente en las parejas de doble ingreso que tienen hijos. En general, el conflicto es desencadenado por la insatisfacción femenina derivada de una división del tiempo en función del género aún muy tradicional: a pesar de su incorporación al mundo laboral, las madres siguen asumiendo mayor carga de trabajo familiar, encargándose más de las labores pesadas y rutinarias, y de las tareas de cuidado de los miembros dependientes. Por otro lado,

USOS DEL TIEMPO Y CONFLICTO FAMILIAR

las madres disfrutan de menos tiempo de ocio que los padres; además es un ocio de peor calidad (generalmente fragmentado y contaminado), y tiende a ser más fácilmente sacrificable a favor del bienestar familiar. Por todo ello, las madres trabajadoras experimentan más estrés e insatisfacción con sus parejas que deriva en frecuentes conflictos. Sin embargo, las parejas manifiestan dificultades para negociar el logro de acuerdos que mejoren el equilibrio familiar en los usos del tiempo. Todo ello redundará en consecuencias negativas para la convivencia, y pone en riesgo la estabilidad de los proyectos de pareja y familiares.

Palabras clave: Género, usos del tiempo, trabajo familiar, ocio, conflicto familiar, negociación.

INTRODUCCIÓN

La convivencia familiar se ve afectada por varios factores entre los cuales vamos a enfatizar los conflictos de la pareja derivados de los usos del tiempo. Este tópico de conflicto se puede considerar como relativamente novedoso, ya que ha surgido a partir de la incorporación masiva de las mujeres al trabajo remunerado, lo que debería haber comportado un reajuste en la tradicional división de roles y tareas en la familia. De hecho, en el mercado laboral español se destacan importantes variaciones en este sentido en los últimos 30 años. Sin embargo, la asunción de un rol público por parte de las mujeres no ha significado la desactivación de su rol privado asociado a las tareas del cuidado familiar (Informe Asociación Genet, 2013), lo que ha derivado en la famosa «doble jornada» de las mujeres.

De esta forma, y a pesar de los tímidos avances de los varones hacia la equidad, subsisten llamativas discrepancias en los usos habituales del tiempo que expondremos a continuación: básicamente con más trabajo familiar y menos ocio para las madres que para los padres. Más allá de lo que esta desigualdad significa como injusticia social, en este artículo se pretenden poner de relieve sus consecuencias para la calidad de vida de las mujeres, y para su satisfacción personal y familiar. Todo ello redundará en que las mujeres, sobre todo aquellas con ideas más igualitarias, se embarquen de modo cíclico en frecuentes e intensos conflictos con sus parejas. Las características de estos conflictos, en los que hombres y mujeres típicamente manifiestan percepciones diametralmente opuestas, implican especiales dificultades para su resolución, conllevando las consiguientes repercusiones para la convivencia familiar, y para la propia estabilidad de los proyectos de pareja y familiares.

USOS DEL TIEMPO Y REPARTO DEL TRABAJO FAMILIAR.

La transición hacia la paternidad y la maternidad supone un cambio radical hacia una nueva etapa del ciclo vital en la que se acumulan nuevas ocupaciones y responsabilidades familiares, conllevando un considerable incremento del trabajo familiar. Aludimos al concepto de trabajo familiar, ya que es más amplio que el de trabajo doméstico, englobando el esfuerzo y el tiempo dedicado al desarrollo y realización de las competencias necesarias no sólo para el mantenimiento del hogar, sino también para el cuidado de los hijos (u otros miembros dependientes) y su educación (Maganto, Etxeberria y Porcel, 2010). Estos retos del día a día deberían ser asumidos idealmente de forma paritaria entre ambos miembros de la pareja. Sin embargo, la exacerbación de las desigualdades entre los hombres y las mujeres se provoca con la llegada de los hijos, acentuando el desequilibrio percibido por las mujeres (Milkie y Peltola, 1999). Los datos de Bianchi, Milkie, Sayer y Robinson (2000) revelan que las mujeres emplean casi el doble de tiempo que los hombres en el trabajo doméstico (17.5 horas semanales frente a las 10 de los hombres). Además, las madres también se sitúan como principales agentes del cuidado de los hijos y las hijas, pues incluso en las parejas con doble ingreso, ellas se hacen cargo de su atención en situaciones de enfermedad en un 72.5% de los casos, y en un 76.5% acuden a las reuniones escolares (Elósegui, 2009). Por tanto,

las madres soportan una importante sobrecarga de trabajo, que redundará en el consecuente descontento con la contribución de los padres (Maganto, Bartau y Etxeberria, 2003).

Por otra parte, estos últimos autores puntualizan que el trabajo familiar incluye una diversidad de roles entre los que cabe distinguir al simple ejecutor de las tareas, del organizador que debe planificar, delegar y supervisar su correcto cumplimiento. Siendo este último rol tan complejo (pero invisible y por tanto no justipreciado) característico de las mujeres. A ello se debe sumar que las mujeres suelen desempeñar ambos roles (organizador y ejecutor), consagrando tiempos y energías físicas y mentales muy superiores a las de sus compañeros de vida. Este desequilibrio amenaza con la continuidad transgeneracional, ya que los datos más actuales (INE, 2012) continúan indicando que, a partir de los 10 años de edad, el 91.9% de las féminas realizan tareas domésticas y se ocupan del cuidado de las personas dependientes invirtiendo casi 4 horas y media semanales, frente al 74.7% de los varones que dedican unas 2 horas y media. Por tanto, las madres de hoy (y de mañana), que además trabajan dentro y fuera del hogar, sobrellevan (y aparentemente seguirán sobrellevando en el futuro) una carga familiar notablemente superior a la de los padres y los niños.

USOS DEL TIEMPO Y EL DISFRUTE DEL OCIO EN LA VIDA FAMILIAR.

Lejos de entender el ocio como algo superfluo y vacío, cada vez se entiende más como factor compensador del estrés derivado de las obligaciones diarias. Lógicamente el tiempo dedicado al trabajo familiar resta posibilidades al de ocio pero, aunque tanto los padres como las madres vean reducido su tiempo de ocio, una vez más se impone un efecto diferencial de género. Así, los últimos datos aportados por el INE (2012) señalan que los hombres españoles se permiten más actividades de ocio y durante más tiempo que las mujeres: el 42.7% de los hombres emplean unas 2 horas al día en los deportes y en las actividades al aire libre, y el 35.6% otras dos horas en las aficiones y la informática, frente al 36.9% y 23.9% respectivamente de las mujeres que sólo conceden algo más de hora y media a estos mismos entretenimientos.

En suma, la vida cotidiana de los padres y las madres es muy diferente; como afirman Matud y del Pino (2011), las mujeres invierten casi dos veces más tiempo en el cuidado de miembros dependientes y en las tareas caseras, y los hombres gozan de más tiempo de ocio diario para salir con amistades, descansar y realizar otras actividades satisfactorias. De hecho, Saxbe, Repetti y Graesch (2011) indican un orden de prioridad opuesto respecto al ocio y el trabajo doméstico en los padres (1º ocio; 2º actividades de comunicación; y 3º trabajo doméstico) y en las madres (1º trabajo doméstico; 2º actividades de comunicación; y 3º ocio). Parece que las mujeres se sienten impelidas a anteponer las necesidades de los miembros de su familia a las suyas propias. Por eso no sorprende que las mujeres, principalmente las que tienen hijos, sufran un déficit crónico de ocio, y que los hombres, en general, disfruten de casi hora y media más al día de ocio que ellas en EEUU (Mattingly y Bianchi, 2003).

En esta misma línea, el estudio de Pérez Pérez (2013) indica que para un 71.2% de las madres su tiempo de ocio es insuficiente, frente a un 44.9% de los padres que opinan lo mismo. Además, en el caso de las mujeres, ese tiempo se encuentra con frecuencia más contaminado por otras actividades no ociosas; por ejemplo, ven la televisión mientras planchan la ropa, o elaboran mentalmente la lista de la compra mientras hacen deporte (Sánchez-Herrero, 2011). Por fin, ese ocio se disfruta en intervalos más fragmentados (p.e. la lectura de una novela interrumpida constantemente por las demandas de los niños) porque las madres suelen compartir más sus tiempos de ocio con los hijos, mientras que los padres tienden a excluir específicamente la presencia de los niños para consagrarse a un ocio «puro» con otros adultos. En suma, las madres hacen gala de auténticas des-

USOS DEL TIEMPO Y CONFLICTO FAMILIAR

trezas malabares para poder atender su doble jornada, en la que arañar minutos para el ocio supone una «pirueta triple» que pone en jaque la famosa competencia policrónica de las mujeres.

USOS DEL TIEMPO EN LA FAMILIA Y CALIDAD DE VIDA DE LAS MUJERES.

Las jornadas de las madres trabajadoras configuran un complicado puzzle de actividades y responsabilidades que requieren una maratoniana y compleja gestión del tiempo, cuyo papel como estresor crónico, ha sido relativamente descuidado (Roxburgh, 2004). Mientras que los padres usan su tiempo de ocio para relajarse y reponerse del estrés diario, las madres siguen ajetreadas y enfocadas en la organización del hogar y el cuidado de los hijos. Estas diferencias traducidas a términos biológicos implican que mientras los padres consiguen rebajar los niveles de cortisol (hormona del estrés) mediante períodos suficientes de ocio puro, las mujeres continúan manteniendo elevados niveles de esta hormona (Saxbe, Repetti y Graesch, 2011). Pueden ser muchos los factores que incidan en esta activación constante del estrés en las madres trabajadoras. El origen de esta desazón cotidiana no sólo se halla en las discrepancias evidentes en los usos del tiempo dedicados al trabajo familiar y al ocio, sino también en los estados emocionales que acompañan a la realización de estas actividades.

En este sentido, se indica mayor depresión en mujeres que en hombres cuando invierten un tiempo similar al trabajo doméstico (Roxburgh, 2004). Y es que, las faenas adjudicadas a las mujeres (p.e. pasar la aspiradora o fregar el suelo) suelen ser más rutinarias y absorbentes. Pero, sobre todo, carecen de un punto claro de inicio y de finalización por la fugacidad de su resultado, promoviendo la frustración propia de una labor jamás inacabada, que además tiende a llevarse a cabo con emociones negativas. Sin embargo, las clásicas ocupaciones masculinas (p.e. el bricolaje casero, o el cuidado del jardín) suelen obtener mayor recompensa en forma de tarea cumplida y finiquitada, elogios y reconocimiento social.

Lo mismo ocurre con los estados emocionales asociados al ocio femenino. Es decir, no sólo se trata de que las mujeres dispongan de menos tiempo personal, sino que además, las mujeres se hallan con frecuencia frente al dilema de elegir entre su bienestar o el de sus hijos y su pareja, y cuando vencen a la presión social y optan por cuidarse a sí mismas, a menudo experimentan sentimientos de culpa (Sánchez-Herrero, 2008). Todo ello se explica, sin duda, por el hecho de que las mujeres son imbuidas desde su infancia en la llamada ética del cuidado (Mínguez Vallejos, 2014), predispuestas a la renuncia a la individualidad y a la adaptación a las necesidades familiares. En otras palabras: el ocio de las mujeres es más trivializado y más fácilmente sacrificable en favor del «bienestar familiar». Por ello, también las mujeres se «autoconceden» menos espacios privados, y creen merecer menos consideración respecto a las actividades que a ellas les gustan y les hacen sentir bien (Stalp y Conti, 2011), y que son juzgadas socialmente como más frívolas e innecesarias (p.e. comunicarse con sus amigas).

En suma, la doble jornada de las madres trabajadoras se caracteriza por un detrimento en la calidad de vida, caracterizado por el exceso de trabajo remunerado y no remunerado, la falta de ocio reparador, el estrés y el cansancio, la frustración por la desigualdad (en las madres con ideas más igualitarias) e incluso paradójicos sentimientos de culpa respecto a su rol de madre.

USOS DEL TIEMPO, CONFLICTO FAMILIAR Y ESTABILIDAD DE LOS PROYECTOS FAMILIARES.

Esta creciente insatisfacción es un caldo de cultivo que con frecuencia acabará derivando en un conflicto familiar en la que las mujeres suelen llevar la iniciativa (Maganto y Bartau, 2004). La frecuencia e intensidad de este conflicto justifica el interés por su análisis pues de hecho según Chethick (2006) se sitúa como el tercer contenido de conflicto más frecuente entre las parejas des-

pués del dinero y los hijos. Si bien en España, Rodríguez Menéndez, Peña Calvo y Torío López (2010) encuentran que la principal fuente de conflicto en la pareja es la exigencia de las féminas de que su pareja colabore más en el hogar. Ya que son ellas quienes se hallan en el lado más pernicioso de la balanza, es lógico que se muestren más sensibles con los conflictos relacionados con el trabajo familiar y la falta de ocio, y promuevan discusiones para intentar corregir esa injusticia. Aunque no siempre, pues el primer desencadenante del conflicto no es la existencia de desigualdad, por flagrante que esta sea, sino la percepción de injusticia (Meil, 2005). Esta percepción depende en gran medida del modelo de relación sostenido por las mujeres, de forma que las mujeres más tradicionales suelen sentirse más felices en sus relaciones porque las expectativas sobre sus cónyuges son menos exigentes (Wilcox y Nock, 2006).

Sin embargo, las mujeres con ideas paritarias son más conscientes de su desigualdad y se muestran más insatisfechas con sus parejas (Ogletree, Worthen, Turner y Vickers, 2006), por lo que tienden a reclamarles mayor apoyo, encontrando a menudo una respuesta negativa (Wilcox y Nock, 2006). Esta resolución inadecuada del conflicto es la que parece incrementar definitivamente el conflicto inicial. Las mujeres han sido imbuidas desde niñas en la ética del cuidado considerando, como explican Johnson y Huston (1998), su sobrecarga como una inversión de amor en beneficio de la salud emocional de su relación de pareja y familiar (generalmente obviada por los hombres). Sin embargo, esto no suele ser suficiente para que las mujeres desencadenen el conflicto. El segundo motor del conflicto es el desbordamiento de funciones y quehaceres, y no solo la percepción de desigualdad en sí. Por eso, la llegada de los hijos, con el drástico incremento de tareas y responsabilidades, puede superar la capacidad de las mujeres, abocándolas a solicitar mayor corresponsabilidad a los hombres. Un conflicto que de obtener una resolución poco satisfactoria para las madres, promueve malestar y alejamiento afectivo de sus parejas; pues les recriminan que ellos no comprendan que han pedido ayuda porque ya se encuentran al límite (Grote, Clark y Moore, 2004). En contrapartida, la percepción de mayor equidad mejora cuando los hombres son capaces de valorar y compartir las labores más ingratas, invisibles e infravaloradas, que tradicionalmente se atribuyen a las mujeres: ordenar, planchar, limpiar, lavar la ropa... (Blair y Johnson, 1992).

Sin embargo, lo más habitual parece ser que los varones no respondan ante las demandas de las mujeres, lo que probablemente tiene que ver con la diferente percepción de los padres y las madres en cuanto a las diversas responsabilidades familiares. En primer lugar, un foco del desacuerdo se relaciona con los porcentajes del reparto del trabajo familiar (Meil, 2006), de modo que aproximadamente el 50% de las mujeres, frente sólo el 20 % de los varones, estima que los padres hacen poco o casi nada de las tareas domésticas. Así mismo, un 25% de las mujeres considera que los hombres realizan un porcentaje bajo del cuidado de los hijos e hijas (alimentación y vestido, asegurar su salud e higiene, educación, colaborar en las tareas escolares y extraescolares, promover el juego, etc.), mientras que esta misma autoevaluación sólo es expresada por el 8% de los varones. Otro foco del conflicto se halla en los diferentes estándares de exigencia respecto a la urgencia y calidad en la realización de las tareas, independientemente de que ambos miembros de la pareja mantengan creencias igualitarias: mientras que los hombres tienden a tildar a sus parejas de «maniáticas y perfeccionistas», las mujeres tienden a renegar de la «pereza y escaso esmero» de sus compañeros. Por tal motivo, Alberts, Tracy, y Trethewey (2011) puntualizan que las mujeres a menudo confunden a sus compañeros cuando por fin éstos se deciden a colaborar más, al evaluar negativamente sus contribuciones por no responder a su nivel de exigencia, y decidir completar ellas mismas las tareas.

Estas diferencias son relevantes porque indican una importante desavenencia que cimenta las bases de un conflicto relativo al reparto justo del tiempo con visos de irresoluble. Aunque haya sido mucho menos estudiado (Sánchez-Herrero, 2008), estas diferencias están también probablemente

USOS DEL TIEMPO Y CONFLICTO FAMILIAR

presentes respecto a la disponibilidad real de los tiempos de ocio, su calidad, e incluso el derecho a disfrutarlo de los padres y las madres. De nuevo, estos desequilibrios operan en contra de la relación de pareja, creando un creciente malestar (Voydanoff y Donnelly, 1999). Como afirma Meil (2005; p.163) respecto al trabajo doméstico y el cuidado de los/as niños/as, el reparto desigual presenta potenciales efectos sobre la satisfacción con la dinámica de pareja y sobre el riesgo de ruptura del proyecto de vida en común: "Haber hablado seriamente de la ruptura del proyecto de vida en común está condicionado, entre otras variables, tanto por los términos del reparto del trabajo doméstico como por la satisfacción de los términos del mismo y la posible conflictividad que puede generar".

Las percepciones opuestas restan opciones para resolver exitosamente estos conflictos, ya que privan a la pareja de algún anclaje común en el que sustentar un acuerdo, a pesar de que los datos parecen demostrar que la desigualdad es real. Otro obstáculo adicional es que las estrategias de resolución de ambos están afectadas por la importancia que conceden al conflicto en sí. Los hombres no ven que exista esa desigualdad, por lo que tienden a restarle valor. Sin embargo, para las mujeres es un conflicto decisivo ya que pone en juego su calidad de vida (Alberts, Tracy, y Trethewey, 2011). No sorprende pues, que sean las mujeres quienes inicien el conflicto, y que al hacerlo tarde y desbordadas, lo hagan cargadas de sentimientos de frustración, enfado y decepción.

Unos estados emocionales proclives al empleo de estrategias destructivas: quejas, críticas y ataques directos a sus parejas. Unos antecedentes que desencadenan reacciones características de evasión, o defensa y nuevos ataques (Wiesmann, Boeije, Van Doorne-Huiskes y Den Dulk, 2008). Se configura así un escenario familiar caracterizado por frecuentes y cíclicos conflictos de interacción negativa y de una pésima calidad emocional. Sin olvidar que este último indicador es un predictor de divorcio más potente en las mujeres que en los hombres (Sayer y Bianchi, 2000), siendo la resolución destructiva ante los conflictos el principal predictor de divorcio en los primeros siete años de convivencia, y a los catorce años la falta de respuesta positiva y afectiva de los varones ante los conflictos del día a día (Gottman y Levenson, 2000).

CONCLUSIONES.

Las madres, sobre todo en parejas de doble ingreso, se encuentran atrapadas por su doble jornada (trabajando dentro y fuera de casa), invirtiendo sus tiempos y sus energías en atender las necesidades de su familia. El tiempo que les resta para disfrutar de un ocio reparador es escaso y de baja calidad pues: se encuentra a menudo contaminado por otras acciones no ociosas que discurren en paralelo, está fragmentado en tiempos más cortos porque queda relegado por la priorización de las obligaciones familiares o por el ocio del resto de la familia, y además es menos renovador porque esa auto-concesión suele implicar una dosis de culpabilidad materna.

Es cierto que los padres varones van avanzando tímidamente hacia el camino de la igualdad, pero aún queda un largo trecho por recorrer. Por todo ello, las mujeres con ideas más igualitarias perciben una inaceptable desigualdad y se sienten más insatisfechas con su vida familiar. Pero incluso en las familias en las que ambos miembros de la pareja manifiestan ideas igualitarias esta desigualdad persiste. Y es que los padres y las madres perciben realidades diametralmente opuestas respecto a la importancia del conflicto, la valoración de los porcentajes de reparto de los tiempos de trabajo familiar y ocio, y la calidad de las contribuciones al trabajo y del ocio disfrutado.

Todas estas discrepancias les impiden contar con algún elemento compartido para iniciar la resolución del conflicto: por ejemplo, una mujer puede quejarse de soportar una mayor carga de trabajo, y su pareja puede mostrarse perpleja sin comprender el motivo del conflicto, convencido de que asume su mitad perfectamente, ya que ambos parten de cosmovisiones totalmente distintas (Rodríguez Menéndez, Peña Calvo y Torío López, 2010). Por fin, las posibilidades de negociación

familiar están limitadas porque las familias carecen de las herramientas necesarias para alcanzar un consenso. Los conflictos son iniciados demasiado tarde por las mujeres, que encadenadas a su propia ética del cuidado, suelen estallar cuando ya se encuentran literalmente desbordadas, frustradas y enfadadas. Por ello tienden a emplear estrategias virulentas desencadenando en sus parejas reacciones evasivas o igualmente agresivas a las de ellas, dando lugar a una evaluación negativa mutua de la vida en pareja.

Y es que las familias ni siquiera llegan a negociar acuerdos o compromisos, sino que más bien permanecen atascadas en un conflicto permanente y aparentemente irresoluble. Para emprender un acercamiento es imprescindible aprender a dialogar y a argumentar, pero poniéndose en el lugar del otro (Correa et al, 2009). Por todo ello, quizás una de las pistas para el éxito de los programas de corresponsabilidad estribe en el trabajo para el reconocimiento mutuo de estas visiones y sentimientos, en el análisis de las cifras reales de desigualdad; y en la negociación, no sólo para un reparto justo de los tiempos de trabajo, sino también para el logro del consenso acerca de los estándares de exigencia respecto a las tareas; paralelamente la negociación debería alcanzar la legitimización del derecho al ocio de calidad para ambos miembros de la pareja.

BIBLIOGRAFÍA

- Alberts, J., Tracy, S. J., y Trethewey, A. (2011). An integrative theory of domestic labor: threshold level, social organizing and sensemaking. *Journal of Family communication* 11, 21-38.
- Bianchi, S.M., Milkie, M.A., Sayer, L.C. y Robinson, J.P. (2000). Is anyone doing the housework? Trends in the gender division of household labor. *Social Forces* 79, 1, 191-228.
- Blair, S. y Johnson, M. (1992). Wives' perceptions of the fairness of the division of household labor: the intersection of housework and ideology. *Journal of Marriage and the family*, 54, 570-581.
- Correa, N.; Rodríguez, J.; Batista, L.; Padrón, I. y Ceballos, E. (2009). Discurso argumentativo en episodios de conflictos entre padres e hijos adolescentes. *Infancia y Aprendizaje* 32, 467 – 484.
- Elósegui, M. (2009). Educar en la corresponsabilidad entre mujeres y hombres. La igualdad necesaria. *Revista General de Derecho Canónico y Derecho Eclesiástico del Estado*, 20, 1-29.
- Gottman, J. y Levenson, R. (2000). The timing of divorce: predicting when a couple will divorce over a 14-year period. *Journal of Marriage and the family* 62, 737-745.
- Grote, N. K., Clark, M. S. y Moore, A. (2004). Perceptions of Injustice in Family Work: The Role of Psychological Distress. *Journal of Family Psychology* 18, 3, 480-492.
- Informe Asociación Genet (2013). Medidas de conciliación y corresponsabilidad: Un reto para el siglo XXI. Asociación Red transversal de Estudios de Género en Ciencias Humanas, Sociales y Jurídicas - Genet.
- INE (2012). Encuesta de empleo del tiempo 2009-2010. Instituto Nacional de Estadística.
- Johnson, E.M. y Huston, T.L. (1998). The perils of love, or why wives adapt to husbands during the transition to parenthood. *Journal of marriage and the family*, 60, 195-204.
- Maganto, J., Bartau, I. y Etxeberria, J. (2003). La participación en el trabajo familiar: Un reto educativo y social. *Relieve*, 9, 2, 160-183.
- Maganto, J., Etxeberria, J. y Porcel, A. (2010). La corresponsabilidad entre los miembros de la familia como factor de conciliación. *Educatio Siglo XXI*, 28, 69-84.
- Mattingly, M. y Bianchi, S.M. (2003). Gender differences in the quantity and quality of free time: the U.S. experience. *Social Forces* 81, 3, 999-1031.
- Matud, P. y del Pino, M.J. (2011). Relevancia de la profesión en los usos del tiempo de mujeres y hombres. *Salud de los trabajadores* 19, 135-146.
- Meil, G. (2005). El reparto desigual del trabajo doméstico y su efecto sobre la estabilidad de los proyectos conyugales. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 111, 163-179.

USOS DEL TIEMPO Y CONFLICTO FAMILIAR

- Meil, G. (2006). *Padres e hijos en la España actual*. Colección Estudios Sociales. Barcelona: Obra Social la Caixa.
- Milkie, M. A. y Peltola, P. (1999). Playing all the roles: gender and work-family balancing act. *Journal of Marriage and the family* 61, 476-490.
- Mínguez Vallejos, R. (2014). Ética de la vida familiar y transmisión de valores morales. *Revista de Educación*, 363, 210-229.
- Ogletree, S. M., Worthen, J. B., Turner, M. G., y Vickers, V. (2006). Developing an attitude toward housecleaning scale: Gender comparisons and counseling applications. *The Family Journal* 14, 400-407.
- Pérez Pérez, Y. (2013). Conciliación de la vida familiar, laboral y personal. La mediación familiar. TFM. Master IMFA 2012-13. ULL.
- Rodríguez Menéndez, M.C., Peña Calvo, J.V. y Torío López, S. (2010). Corresponsabilidad familiar: negociación e intercambio en la división del trabajo doméstico. *Papers: Reviasta de Sociología*. 95 (1), 95-117.
- Roxburgh, S. (2004). There just aren't enough hours in the day: the mental health consequences of time pressure. *Journal of Health and Social Behavior* 45, 115-131.
- Sánchez-Herrero Arbide, S. (2008). La importancia de la perspectiva de género en la psicología del ocio. *Anales de Psicología* 24, nº 1, 64.
- Saxbe, D.E., Repetti, R.L. y Graesch, A.P. (2011). Time spent in housework and leisure: links with parents' physiological recovery from work. *Journal of Family Psychology* 25, 2, 271-281.
- Sayer, L. C. y Bianchi, S. M. (2000). Women's Economic Independence and the Probability of Divorce. *Journal of Family Issues* 21, 7, 906-943.
- Stalp, M. y Conti, R. (2009). Serious leisure in the home: professional quilters negotiate family space. *Gender, work and organization*, 18, 4, 399-414.
- Voydanoff, P. y Donnelly, B. (1999). The intersection of time in activities and perceived unfairness in relation to psychological distress and marital quality. *Journal of Marriage and the Family* 61, 739-751.
- Wiesmann, S., Boeije, H., van Doorne-Huiskes y den Dulk, L. (2008). Not worth mentioning: The implicit and explicit nature of decision-making about the division of paid and domestic work. *Community, work & family* 11, 4, 341 -363
- Wilcox, W. y Nock, S. (2006). What's love got to do with it? Equality, equity, commitment and women's marital quality. *Social Forces* 84, 3, 1321-1345.